

tit. Facultades hay de mayor excelencia; pero su gloria no las viene tanto del mérito de los sugetos, como de la dignidad de los objetos. ¡Oh, P. Rmo. si Dios nos hubiera descubierto específicos para todas las enfermedades del cuerpo, como su piedad los ha dexado para las del alma, qué poco tuviéramos los Médicos que trabajar, y cuánto menos que merecer!

Confieso que se desgraciarán algunos por lo instable de las conjeturas; pero preguntémosle al Teólogo si sabe que todos los que confiesa se salvan; ó al Jurista, si todas las sentencias que da se aciertan. Ojalá que en todas las profesiones civiles, como en la Medicina, las culpas de voluntad fueran solo errores de entendimiento; pero el vulgo ignorante no sabe distinguirlos; y finalmente confieso que á algunos matarán los medicamentos; pero fuera de que á muchos dan vida, y se debe tomar esto en data de los cargos, ¿qué quiere decir esta cantinela, y alboroto popular contra la pobre Medicina? Con una errada conjetura mata un General mas en un día, que un Médico en cien años.

Desprecia el vulgo nuestras obras, porque ó no suele ver sus efectos, ó suele ver los contrarios. Esta es pension de todas las Artes conjeturales. Piensa el Político, por medio de un proyecto, componer la República, y con el mismo suele perderla. Juzga el Militar, debaxo de una prudente conjetura, que dando la batalla libertará el Estado; pero como es falible, dándola, suele perder un Reyno: y no son por esto el Político, el Militar, y otros semejantes, reos del desprecio, y la desconfianza. En las cosas matemáticas, y demostrativas no es mucho que salga el efecto, no pudiendo dexar de salir: esto mas se debe á la naturaleza de la Ciencia, que al mérito del Profesor: y así que el Arithmético ajuste exáctísimamente la cuenta, y el Zapatero acabe puntualísimamente el zapato, no es de admirar, porque con la debida aplicacion no puede dexar de ser así: con que teniendo estos Artífices ménos que vencer, no se deben tanto alabar; pero quien siempre lucha entre las olas de la conjetura, teniendo que superar

rar con sus discursos, ó los secretos de la naturaleza, ó los insultos del acaso, aun quando no consiga el suceso, tiene el primer derecho á la alabanza. Las demas Ciencias solo tienen que persuadir, ó vencer las criaturas, para instruir las, ó dominarlas; la Medicina sola tiene el arduísimo empeño de inquirir los arcanos del mismo Criador. Vuelvo á decir con Platon, que solo *difficilia pulchra*.

Y como quiera que para ser consumado Médico se necesita casi una general Encyclopedía, pues como advirtió Hipócrates, para el digno uso de esta Arte son precisas muchas disciplinas, como son Gramática, Rhetórica, Filosofia, Pericia Griega, Astronomía, Geometría, Mecánica, Geografía, Historia natural de los tres Reynos, Animal, Vegetal, y Mineral, con la noticia de su naturaleza, y virtudes, Anatomía, Chymia, y Filosofia Moral, no solo para conocer la temperatura del cuerpo por las costumbres del ánimo, sino para curar las dolencias de este; pues como cantó Lucrecio:

..... *Mentem sanari corpus ut ægrum,*

Et pariter flecti Medicinæ posse videmus.

Y todo esto, sobre las prendas naturales de vivos Sentidos, y rectas Potencias, sin duda sería muy recomendable qualquier perfecto Médico, solo por estas circunstancias, entre enfermos, y sanos, aun quando por la incertidumbre de la materia en que trata no mereciera mayores elogios. Atendiendo á lo qual dixo Séneca *en el lib. I. de Clementia: Medicinæ apud ægros usus, apud sanos bonos existit. La Medicina para los enfermos es provecho, y para los sanos honra.*

Tiene otra grande gloria la Medicina, que no puede quitarla esa misma ponderada incertidumbre; y es, que de ninguna de las Facultades mayores necesita para su exercicio, y las demas necesitan de ella, no como ministra, sino como auxiliár. Los Juristas esperan su decision para juzgar en los conceptos, partos, venenos, divorcios, impotencias, manías, estupros, heridas, muertes violentas, repentinas, y otros casos. Los Teólogos to-

man dictamen en dispensacion de vigilijs, rezos, entierros en lugar sagrado; y lo que es mas, en la exposicion de los sentidos alegóricos, y metafóricos de la Escritura, pidiendo á la Medicina noticias de las hierbas, árboles, piedras, animales, fenómenos, y enfermedades de las sacras planas; para lo qual Valles escribió su *Sacra Filosofia*, y el Doctor Moles su *Libro de Morbis in Sacris Litteris*: y así S. Gregorio *lib. 4. de Doctrina Christiana*, dixo: *Medicina cognitio scientiis, & Scripturis necessaria est.*

Confieso, P. M. que no hay tanta Medicina como el vulgo piensa. Ninguno mas á favor de la duda, y el Scepticismo, que yo (como tengo esforzado en mis dos tomos de Medicina Scéptica); pero solo la llevo hasta los precisos límites de la experiencia. Culpo el farrago de medicamentos; pero alabo el uso de los bien indicados. Confieso la ignorancia de las causas morbíficas (pues quien negará que se ignora lo que se disputa); pero admito los caracteres por donde experimentalmente se distinguen, y curan: y en esto consiste todo el Arte, porque para ser Artes la Pintura, y Música, no han menester saber la naturaleza del color, y el sonido, sino el uso. Aborrezco los Dogmas, y Systemas fundados en pensamientos de hombres; pero aplaudo las racionales experiencias, é inducciones, que pueden contribuir á establecer un systema fundado en la naturaleza misma; y en fin sé que aunque la Medicina abstracta tiene en lo universal conclusiones metafísicas, y demostrables, como las demas que se llaman Ciencias, contrahida á lo singular, va expuesta al error, porque de singulares no se da ciencia; pero no pudiendo nuestra apprehension sufrir los males sin socorro, es menester en la práctica, que el enfermo, y el Médico tomen partido ácia la probabilidad; porque entre lo cierto del mal, y lo probable del bien, mejor es un remedio dudoso que ninguno.

Hágome cargo de los quatro ídolos de Verulamio, que estorban el progreso de la Medicina: el ídolo de la *Especies*, el ídolo del *Individuo* por las singulares idiosyncrasias, el ídolo del *Foro* por la comunicacion con los

demas hombres, y el de las Escuelas, que él llama del *Teatro*, donde se ocupa la fantasía con opiniones anticipadas. Considero tambien que la mente humana es como un espejo desigual, que tuerce, ó quebranta los rayos de luz de la verdad, y así fomenta la incertidumbre. Contemplo que en las tinieblas de la naturaleza tanto ve el ciego como el que tiene vista; pero por esto hemos de echar del mundo todas las Artes de la conjetura? No se sabe demostrativamente la causa de una terciana; pero se la distingue como por la uña al Leon, y se sabe el método de castigarla con su específico contrario, que es lo que le importa al enfermo; y para decirlo en pocas palabras, P. Rmo. si hubiera Médicos demostrativos, yo el primero entregaría mi salud en sus manos; pero hoy es menester valernos con valerosa confianza de los conjeturales, porque no hay otros.

Etmulero, á quien V. Rma. trahe por auxiliár de la incertidumbre, está á cada paso de parte de la utilidad de la Arte; porque si no, debiera haber quemado los tres tomos de Medicina que nos compiló.

Baglivio, en su Libro Centauro, ó Hermafrodítico, la mitad de Medicina sólida, y masculina, y la otra mitad de femenina (para hablar en sus voces), está tambien de parte de la Medicina experimental, sobre los vestigios de Hippócrates, como consta de los mismos textos alegados, y otros muchísimos de sus Obras; pues si se hubiera declarado partidario de la desconfianza, hubiera violado la fé pública, haciendo que confiásemos en unos preceptos en que él mismo no confió. Aun el mismo Leonardo de Capoa, que fue el crítico que mas se señaló en favor de la duda, no hallando en el hecho práctico la evidencia, ni pudiendo estar libre de toda accion, atónito, y como mordiendo el freno, sin duda por el provecho, aunque dudoso, que concebía, recetaba á sus enfermos, y les asistía: con que sinceramente no desconfiaba.

Thomas Sydenham, justísimo ídolatra de la experiencia, aunque á cada paso expone su ignorancia teórica,

á cada paso descubre su pericia práctica; que si no, en vano era en sus Observaciones Epidémicas contemplar la naturaleza, si no diera lugar al Arte.

Yo mismo, de quien V. Rma. hace memoria (ya se ve, que no para autorizar el Discurso, sino para autorizar mi nombre, incluyéndole en su Escrito) sigo en la Medicina la secta media, y mas benigna; de modo que entre los Médicos Dogmáticos (dígoles así) soy el mayor Scéptico, y entre los rígidos Scépticos soy el mayor Dogmático.

Es así que la Medicina, como dice el Discurso, se engendró con discordias, y se nutre con opiniones; ¿pero qué Facultad humana no padece este mismo infortunio? Aun la misma Teología, fuera de lo que es de Fé, se arde en litigios, y batallas. La Matemática (exceptuando los axiomas universales, los cuales tambien tiene la Medicina) en llegando á lo singular de curar un edificio, de linear una Ciudadela, ó batir una Plaza, tiene tantos dictámenes como cabezas; y en la Milicia, Política, Jurisprudencia, y Moral sucede lo mismo.

Los Moralistas, procediendo con opinion, solo están obligados á seguir la probable: los Médicos tienen mas estrecho el camino, pues están obligados á seguir la mas probable; por eso dixo Hipócrates: *Opinio in Medicina maximè in crimen vertitur eam adhibentibus*: luego si la Providencia se contenta con solo una prudente, y probable seguridad para la salud del alma; con mas razon se debe contentar el mundo con la mas probable para la salud del cuerpo; mayormente *cum multò pretiosior sit salus animæ, quam corporis*, que dixo el cap. *Canonic. Cum infirmis de Pœnitent. & remissionib.* Con que si todas las demas Facultades son dudosas, ¿qué hay que admirar que no goce mas privilegios la Medicina?

Fuera de que las noticias Anatómicas, que constituyen una de las principales provincias de esta profesion, son demostrativas, y fundadas sobre leyes geométricas, y mecánicas, por las cuales nos consta el uso de las partes, y sus varios consentimientos, y coligaciones, lo qual es perpetuo,

é indefectible; porque, para decirlo con elegancia:

Continuò has leges, æternaque fœdera certis

Imposuit natura locis.

Ni siempre se puede fiar á la naturaleza la curacion de las dolencias, sin recurrir al Arte; porque ¿cómo reducirá la naturaleza un hueso dislocado, si no la ayuda algun Perito, que por estudio, ó experiencia concorra á colocarle? ¿Cómo echará la piedra de la vexiga sin auxilio del diestro Lythotomo? ¿O cómo evacuará las aguas del abdomen, sin Artífice que execute la Paracentesis?

Y pasando á los males internos, las tercianas, que al paso de la naturaleza eran antiguamente lance de *á prueba*, y *estése*, hoy es cosa de ajustar accesiones. En la cólera morbo, de que pocos se libertaban, hoy rarísimo se desgracia. Los dolores infaliblemente se aplacan quando quiere el Médico. Las disenterias, que como estrella pestilente solian asolar un Ejército, ya se rinden á las vencedoras manos de los Médicos. El mal venereo indubitablemente se sujeta al Mercurio, la chlorosis al Marte, y el histerismo á Júpiter: tanto, que dice el Sinapio, que ya parece no falta sino un secreto contra la muerte: y si estos pasos hay dados en solos dos mil años de Arte, á vigilancia de los Médicos, ¿quánto se adelantará dentro de otros dos mil, ó dentro de otros diez mil (si no le da antes al Mundo la ardiente calentura de que ha de acabar), principalmente si los Soberanos, y los Pueblos prosiguen en promoverlo con el aprecio, y la proteccion? ¿Quántos hombres se perderían en una epidemia de fiebres perniciosas, ó sincopales, si no hubiera esta saludable Facultad? Me atrevo á decir que á no haber resistido la Medicina á la insaciable hydra del mal venereo, hubiera ya acabado con el género humano. ¿Quántos perecieran de sus glotonerías, si no se hubieran descubierto eméticos, y disolventes? Solo se conociera bien la utilidad de la Medicina, si se perdiera; porque ningun bien hay que hasta que se pierde se conozca.

Por esta ocasion se me ofrece satisfacer á la mentira de Plinio, que ha dado fundamento para calumniar á los Mé-

Médicos, de que fueron desterrados de Roma por seiscientos años; lo qual muy frecuentemente se suele inculcar en las conversaciones por gente seria, aunque de pocas noticias, y de una mas que ferina ingratitud contra una facultad, de quien no pocas veces habrán recibido beneficios: pero que mintió Plinio es claro; porque segun Helmina, Emilio, y Livio, hasta el año de 535 de la fundacion de Roma, que Archagato llevó el uso de la Medicina á los Romanos, no tuvieron noticia de ella: con que no pudieron desterrarla sin conocerla; y el año 550, sujeta la Grecia, traxeron los mismos Romanos debaxo de su servidumbre muchos Médicos, los quales, ó por la facilidad de dar venenos empezaron á ser temidos, pues se hallaba en sus casas venal la muerte; ó por los adulterios, y revelacion de secretos que cometian, empezaron á ser aborrecidos, como insinúa el mismo Plinio; ó por el demasiado abuso de cortar, y quemar, que habia en los Cirujanos de aquel tiempo (pues para los males internos, segun Ciceron, y Quintiliano, no usaban Médicos, y solo recurrían á los Dioses); ó lo que es mas, por ser entonces todos los Médicos Griegos, á los quales reputaban como esclavos, y enemigos de su Nacion; temian que su odio procurase servirse de la Medicina para vengarse de los vencedores; por los quales motivos, el Senado mandó desterrarlos de Roma el año casi 590, y la proscripcion duró solos cien años, hasta los primeros Césares; de donde se infiere que miente Plinio en los seiscientos años, y que es error vulgar esta calumnia, pues esto no fue desterrar los Médicos por Médicos, sino por Griegos; ó no fue en odio de la Arte, sino de los Artífices, que abusaban de ella: lo qual consta del citado Plinio, que confesando la utilidad de la Medicina en otra parte, dice que en ninguna facultad hay mas inconstancia, *cum sit fructuosior nulla.*

En este mismo sentimiento mio creo que está V. Rma. cuyos singulares talentos no pueden menos de tener presentes estas reflexiones; pero como su fin fue torcer al vulgo al lado contrario de la confianza, dexó correr la pluma con

con tan ágil, y vehemente vuelo, que hasta lo último no pudo detenerla.

Preciso es confesar que la sangria es remedio dudoso, y que tiene dividida en bandos toda la familia Apolínea; pero quando al enfermo le llega el lance de temer, y al Médico el de obrar, no pudiendo hallar la evidencia, es fuerza que ambos tomen partido en la probabilidad, como la prudencia de V. Rma. habrá hecho, y hará siempre que se ofrezca. Ya dixé en mi *Medicina Scéptica*, que aborrezco los Hemofobos, y detesto los Hematochitas: en todo hay sus ciertos modos:

Quos ultrà, citràque nescit persistere rectum.

El mismo ingenuo Boix, de quien V. Rma. hace honrosa mencion, solo pretendió reformar el abuso de las sangrias, pues las usaba en su práctica, y no del todo las condenaba en sus particulares coloquios, de que gocé con gran fruto no pocas veces, y de que solo me ha quedado el consuelo de la memoria, lamentándome con Horacio:

Ergo Boixium perpetuus sopor urget?

Me escandaliza oír el copioso número de sangrias que antiguamente solía hacerse, pues el Doctor D. Juan Nieto en su Memorial refiere que uno sufrió en espacio de cinco años (¡rara ponderacion!) mas de quinientas sangrias (supongo que no serían largas) sin algunas sanguijuelas. Dice tambien, que á todas las preñadas se sangraba por establecimiento, como si el concebir fuera enfermedad, ó delito. Esta práctica es tan abominable como la contraria de dexar ahogar los enfermos á la Napolitana segun cuenta Ballonio en el *lib. 2. epid.* 1576. que en una terciana con plethora, en que los Médicos omitieron la sangria, al quarto paroxísimo se rompieron las venas, y se siguió la muerte.

De las purgas digo lo mismo, y de todo, que debe ser gobernado por dictamen de experto, y prudente Médico, dexando aparte los puntos morales, en quíenes cada uno oír su conciencia, y seguirá el consejo de sabio Confesor: dexando aparte tambien á los idiotas, de quíenes ni se habla, ni se debe hablar, en lo qual es cierto que hay gran

tolerancia; pero tambien es cierto que ni hay modo, ni esperanza de enmendarlo, y solo hay el consuelo de que en todas facultades hay idiotismo.

Las observaciones de Riberio, que nos objeta V. Rma. no tienen la mayor aceptacion entre nuestros Críticos, porque muchas de ellas mas son cuentos para entretener principiantes, que observaciones para ilustrar adultos; demas de las que V. Rma. cita, tenemos entre nosotros mismos reparadas otras. Gracia es verle que despues de seis, ó siete sangrias á la moda Francesa, y un terrible esquadron de friegas, ligaduras, ventosas, cantáridas, cataplasmas, emulsiones, fomentos, y ayudas, nos salga con que se murió un pleurítico, cosa que puede sucederle al mas inhabil. Parece esta observacion al milagro de Juan Sanchez, que habiéndosele reventado una escopeta, mató á otro que iba delante en un borrico, y una astilla le descaderó á él, y puso el milagro, que decía: *Habiéndosele reventado una escopeta á Juan Sanchez, mató á uno, y él quedó descaderado.* **EX VOTO:** cosa que sin milagro pudo sucederle á cualquiera. Cosa es tambien de gusto, que en un dolor de estómago aplicase vino, clavo, y nuez de especia; y no hallando alivio, pasase del fuego á la agua, y pusiese un lienzo mojado en vinagre: pues aunque esto suele suceder, pudo escusar contarnos lo que no nos puede traer provecho. En esto de observaciones reparó bien Ramazzini que fuéramos mas doctos, si como hay centurias de curaciones, hechas quizás por acaso, hubiera obras en que se contasen los desaciertos; porque como notó Verulamio, *mas presto nace la verdad del error, que de la confusion.* Pero cuán al contrario de las de Riberio son las de Hipócrates, y Sydenham! Estas sirven de lustre á la Medicina, como las otras de baldon.

Añade V. Rma. que nuestros Profesores tendrán el temor de que *si se dá en aborrrar de medicinas, tambien se aborrrará de Médicos.* Los idiotas puede ser que lo teman; pero los doctos siempre tendrán su merecido aplauso; pues como se dice: *Vino vendibili non opus est bedera.*

Con-

Concluye V. Rma. dando reglas para la eleccion de Médico, todas prudentísimas; pero aquí quisiera yo que por un rato se hubiera desnudado V. Rma. de sí mismo, y de su innata discrecion, revistiéndose del caracter del Pueblo; porque las reglas señaladas mas son propias para una comunidad de doctos, que para un vulgo de ignorantes. *La primera es que sea buen Christiano:* difícil es hacerle los informes; pero mas difícil averiguarle las hypocresías. *La segunda, que sea juicioso, y de temperamento no muy igneo:* el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza, y estolidéz, y en todo hay riesgo; porque quando el Médico debe ser pegaso, no se le ha de buscar tortuga. *La tercera, que no sea jaftancioso:* mejor sería que sus aciertos los contasen los vecinos; pero es disculpable que alabe sus agujas quien teme que otro las despache primero. *La quarta, que no sea adicto á systema alguno filosófico.* El Pueblo ni entiende de systemas, ni de filosofías; y á ninguno tendrá por menos adicto que al ignorante que mas calle, porque jamas ha saludado libros. *La quinta, que no amontone remedios.* Quando el vulgo le repare, ya lo habrá pagado muy bien, y mas si el Médico ha hecho escritura por quatro años. Fuera de que quando muere el enfermo, como víctima que van á inmolarse con muchas cordiales, parches, vendas, bálsamos, y unguentos, no queda otro consuelo á los parientes que el que no ha habido cosa que no se haya hecho. En desterrar este dañoso error privadamente quisiera yo que V. Rma. emplease su incomparable eloquencia, é inexhausto caudal de noticias, desterrándole primero del vulgo de los Médicos, que es el modo de desterrarle del vulgo de los hombres. *La sexta, que observe, y se informe exáctamente de las señales de la enfermedad, que son muchas, y se toman de muy variadas fuentes.* El que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas; y este le tengo por muy arduo arbitrio para un pastor, ó un rústico.

§. XII.

EN el erudito Discurso del Régimen de los sanos empieza V. Rma. diciendo que *nada saben, ni pueden saber de*

es-

esto los Médicos; y V. Rma. toca en él con tal destreza tan varios puntos para conservar la salud, que me hace creer que no solo lo saben los Médicos, sino los curiosos. Toda la razon es, que nadie ha menester preguntar al Médico lo que sabe por experiencia; y lo que el Médico no puede saber sin que él primero se lo diga. Yo quisiera preguntar si el Juez, ó el Moralista, que para dar la sentencia, ó el consejo necesitan ser informados del hecho, se puede decir que nada saben, ni aun pueden saber de sus profesiones. Temerario sería decir esto; porque supuesto los hechos, hay excepciones, reformas, y contracciones, que solo saben los científicos, y discurren acerca de lo no experimentado, para que pueda experimentarse sin temeridad: en fin, siendo la paridad tan uniforme en la Jurisprudencia, Moral, y Medicina, quanto pueda responderse por aquellas, milita á favor de esta; porque en necesitar ser informados de lo experimentado, no nos llevan ventaja los Jurisperitos, ó Moralistas:

Totidemque gradus distamus ab illis.

En fin, Rmo. P. Mro. hasta aquí ha llegado el discurso, contenido á los límites de una alabanza de mi profesion: creo que estamos en un mismo pensamiento: con que esta Disertacion mas es glosa, ó interpretacion de la mente de V. Rma. que impugnacion suya, de cuya osadía está muy lexos mi respeto, amistad, y propio conocimiento; y aun así espero que V. Rma. castigue qualquier defecto, cuya decision resignadamente veneraré como de un Oráculo. Quedo admirando la eloqüencia, ingenuidad, erudicion, y juicio de la Obra, y repitiendo que en la lucida esfera de nuestros Sabios, solo es V. Rma.

Qui reliquas stellas perstringit, uti æthereus Sol.

Dios guarde á V. Rma. para crédito de las Letras, y de nuestra Nacion. De mi Estudio, Septiembre 1. de 1726.

B. L. M. de V. Rma.

su obsequioso amigo, y servidor

Martin Martinez.

RES-

AL ILUSTRISIMO SEÑOR
D. F. JOSEPH GARCIA
Obispo de la Santa Iglesia de Sigüenza,
del Consejo de S. M. etc.
II. MO SEÑOR.

RESPUESTA
AL DOCTOR D. MARTIN
MARTINEZ
DEL R. MO PADRE MAESTRO
FR. BENITO FERJOÓ,
BENEDICTINO.